

Los basura

Solo dos veces al día, la anciana abandonaba su cárcel de fantasmas. Por las tardes, a las ocho y veinte, mezclándose con la humedad santafesina, equipada con la centenaria bolsa marrón que, ya de regreso del almacén, apenas curvada por la menuda mercadería que portaba, acompasaba su ritmo con el de la mujer como si la acompañara. El otro momento en que aparecía en el mundo del barrio adormecido, era a las siete de la mañana, para barrer la vereda. Excepto en esas ocasiones nadie la veía. Su casa tenía un aspecto abandonado; algunos vecinos creían que estaba deshabitada.

La anciana sabía que el almacén estaba atendido por una joven ajena al barrio, evidentemente mal remunerada, que no sonreía ni hacía preguntas, y esto parecía tranquilizarla. No deseaba vincularse con nadie en ese reducto que aborrecía. Por eso odiaba al basura. Él la miraba. Cuando a las ocho y veinte, calculando el tiempo justo para movilizarse antes de que cerrara el negocio, ella apresuraba su paso por la calle Cochabamba al 4500 _ esa arteria secundaria a la que se trasladó luego de vivir sesenta años en Guadalupe_, desde una esquina cercana a su casa, el basura la observaba.

Tendría unos diecisiete años, y formaba parte de un grupo de jóvenes que se reunía habitualmente allí para compartir la desventura de un ocio pobre, en una vida circular como el trayecto de la cerveza que consumían respetando el turno en que cada uno pegaba el trago. Ninguno de estos muchachos prestaba atención a la anciana, ninguno más que el basura. Él había adivinado incluso, en los labios de la vieja, este nombre con que lo designaba cada tarde, al mirarlo, al mirarla, al aborrecerlo por descubrirla y sacarla de su anonimato, obligándola a usar su palabra para algo más que decir “pan” “leche” “cuánto es”; para pensar qué era él para ella y nombrarlo: basura...

Las mañanas eran diferentes. La esquina estaba desierta, y solo alguna botella rota en la calle le recordaba que allí estuvo alguna vez el basura. Entonces deseaba, con la potencia de todos los deseos postergados durante las abrumadoras jornadas transcurridas, que esa noche él no apareciera, ni ninguna otra noche; que por fin estuviera muerto. Ella sabía que no podía quedarle mucho tiempo. Sabía que pertenecía a ese grupo de personas marcadas por la cercanía de la muerte. Y el basura se lo recordaba cuando, al mirarla (...)

le hacía sentir el desprecio por los ojos con los que se veía desde la esquina de enfrente.

La radio a pilas de la anciana le hablaba de un universo que le resultaba lejano. Por eso la tarde del 29 de abril, mientras todos sus vecinos estaban movilizándose para colocar sus pertenencias a salvo y huir a tiempo de la inundación, ella, recostada en su cama, pensaba en otras cosas, y la voz de los locutores relatando la catástrofe se mezclaba con los alaridos de los perros y algunos sollozos, meciéndola en un sopor parecido a la calma. La anciana no sabía que su cama flotaba, que sus muebles flotaban, que el único objeto que tenía sentido para ella en esa casa vacía estaba sumergido en la espesura del agua que anegaba todo. Cuando quiso bajar de la cama para buscar su bolsito marrón, casi se ahoga. Trastabilló enredándose con las sábanas y quedó zambullida en el líquido frío y maloliente. Logró reponerse, recuperando la postura, para descubrir que el agua le llegaba al pecho. Ya no se escuchaban gritos, ni llantos, ni la radio. A lo lejos, sirenas que desaparecían por el entumecimiento que ya no le permitía oír con claridad. Experimentó un terror sin precedentes.

En otros puntos del universo, al lado, muchas familias habían sido socorridas y trasladadas a diversos lugares de alojamiento y asistencia. La joven vendedora del almacén, dudando entre salvar varias hormas de queso o cerrar improvisadamente a las cinco, esperó hasta que el agua le llegó a las rodillas, y se escapó corriendo después de vender los últimos paquetes de velas a un muchacho que bajó de un bote.

En un rincón del patio de una escuela, cuando comenzó a detenerse el tiempo y apareció en su boca el amargo recuerdo de la cerveza fría, el basura extrañó sus tardes en la esquina. Y de pronto, como tomado por una visión fantasmática, se acordó de la vieja, de su presencia imperceptible. Y se fue a buscarla.

La rescató, nadando. Nadie, excepto él, tenía la certeza de que ella estaba allí, desamparada. La vieja lo reconoció entre su inconsciencia helada y la oscuridad, espesa, aplastante. Cuando abrió los ojos y encontró los del muchacho susurró: “basura”... Pero no era el insulto de siempre, sino otro nuevo, pronunciado como escupiendo un espejo.

Así, se salvaban una vez mas el uno al otro, como lo habían hecho cada tarde a las ocho y veinte al mirarse y saberse mirados, los basura, flotando en una ciudad que, no solo al inundarse, los ahoga.

2003

Claudia Rosciani.-

Los basura

Un cuento de Claudia Rosciani

